



X

San Luis Gonzaga

Sermón panegirico pronunciado en la Iglesia de San Antonio Abad, el día 1.º de enero de 1869, en la fiesta que la Universidad hace anualmente á dicho Santo.

Et vidi... Angelum... amictum nube, et iris in capite ejus, et facies ejus erat ut sol.

Y ví un ángel revestido de una nube, y sobre su cabeza el arco iris, y su cara era como el Sol. Apoc. c X. v. I.

Señores:

HABÉIS venido á rendir gracias al Señor de las ciencias, porque ha coronado vuestras tareas escolares con un éxito feliz.

Un santo estudiante, exaltado por la Iglesia á los honores del culto, tiene el encargo de presentar vuestros agradecidos corazones al Padre de las luces: es el joven jesuita Luis de Gonzaga, que ha recibido de la Iglesia el Patronato de la juventud estudiosa. Para interesarlo en favor vuestro os habéis congregado al redor de su estátua; y, también, para honrar en su persona el feliz consorcio de la Religión y de las ciencias, de las letras y de la virtud.

Habéis hecho bién, señores; y tanto como aplaudo el noble objeto, que os ha reunido, desconfío de mi pequeñez para traducirlo fiel y dignamente; desconfianza

justa, timidez natural en mí, respecto de vosotros, que sois el cuerpo científico más respetable del Perú. Pero, si me humilla vuestra ciencia, me alienta vuestra fe; porque esa fe os enseña que no estáis en una academia, sino en un templo; que no rodeais la tribuna de una escuela, sino la cátedra del Espíritu Santo; que no debéis esperar de mí, palabras de humana sabiduría, sino aquella ciencia celestial y divina, que guardan inviolablemente los labios del sacerdote. Os prometo, señores, que no descenderé de la altura á que me ha levantado vuestra fe; os anunciaré la verdad evangélica con la santa libertad, que tenéis derecho de exigirme, puesto que ¡gracias á Dios! habéis venido á escucharla, no para entreteneros, sino para edificaros.

Dad la primera prueba, invocando para vosotros y para mí el divino auxilio, por la intercesión de María. AVE GRATIA PLENA.

INTRODUCCIÓN

De tal manera brillan en Luis de Gonzaga los apacibles fulgores de la castidad, que la Iglesia no ha vacilado en colocar sobre su cabeza la gloriosa y virginal corona de los espíritus celestiales; y de tal modo forma esta preciosa virtud el fondo mismo de su santidad, que el orador cristiano se siente dulce y suavemente obligado á encerrar su elogio en este grandioso pensamiento: Luis de Gonzaga es un ángel de pureza. Yo sé, señores, que esta proposición nada tiene de original ni de nueva y que, tratándose de nuestro santo joven, aparece en todos los espíritus y la formulan todos los labios; pero me parece que, en este caso, todo el mérito consiste en no ser nuevo ni original, como quiera que no es posible serlo, sin demérito del héroe; porque ¿qué cosa más excelente puede decirse de un hombre, sino

que es un ángel? Publicad las grandezas de María, cantad las glorias de Jesucristo, y por afectar originalidad y no decir lo que todos dicen, no repitáis que la inmaculada Virgen es madre de Dios y que el Redentor del mundo es verdadero Dios, y, no solo habréis suprimido sus títulos más gloriosos, sino que habréis minado el fundamento mismo de toda su gloria y su grandeza. No, señores: libreme Dios de arrancar á la corona de San Luis su más hermoso florón y de escribir, en el pedestal de su venerable estatua, un elogio diverso del que la Iglesia ha impreso allí, con signos de inmortalidad. Y si el carácter de nuestro santo no me comprometiera á rataros de la celestial virtud de la castidad, me determinarían á ello las circunstancias mismas de esta solemnidad; porque yo creo, señores, que nada es tan esencial á la juventud estudiosa como la pureza del alma.

Ya es tiempo de que os descubra mi designio: la castidad tiene la maravillosa virtud de transformar á un hombre en ángel: Luís de Gonzaga nos ofrecerá la prueba; y por una oposición tan cierta como terrible, la impureza tiene el secreto poder de transformar un hombre en réprobo: el corazón del impuro nos dará los argumentos.

Señores: la materia es sobrado importante y vosotros demasiado benévolos, para que yo no me prometa una indulgente atención.

PRIMERA PARTE.

Luis de Gonzaga, hijo primogénito de los Ilustres señores don Fernando Gonzaga, príncipe del imperio y Marqués de Castellón, y de doña Marta Tana Santena, nació á la luz de la gracia antes que á la luz del día, por haber recibido el santo bautismo antes de su completo alumbramiento. Fiel á esta primera gracia, como si hubiera sido confirmado en ella, pasó su infancia, no en

la inutilidad de los juegos infantiles, sino entre las delicias de una tierna y sólida piedad. Prevenido por el cielo con bendiciones de dulzura, todavía niño, acometerá empresas gloriosas para conquistar el reino de los cielos y merecer, desde la tierra, el puesto de honor de los cortesanos de Jehová.

Trasladáos, señores, en espíritu á Florencia, para que contempléis conmigo una estupenda maravilla. Ante un altar de la Santísima Virgen, vese postrado un niño que, por los resplandores que lo circundan y la profunda devoción que lo recoje, pudiera ser tomado por uno de los ángeles que velan eternamente en presencia del Cordero. Apenas cuenta nueve años; y, emulando la heroica virtud de los más valerosos soldados de Jesucristo, hizo á Dios,—no os espantéis, señores,—voto solemne de virginidad perpetua.

¿Sabes lo que haces, tierno niño, cuando, arrebatado de un prematuro fervor, te inmolas para siempre en aras de la castidad, trocando tu vestidura de carne por el blanco ropaje de las vírgenes? ¿Has podido medir lo recio de la batalla en que tienes que empeñarte y el poderío de los enemigos con quienes tienes que luchar? Detente un momento y reflexiona: mira al esforzado Pablo, recreado y fortalecido con visiones celestiales, óyelo gemir por tres días y tres noches y bajo los duros golpes de un ángel de Satanás que lo abofetea; penetra en las oscuras grutas de Belén y ve á Jerónimo encorvado por los años y la penitencia herirse el pecho con un guijarro, para reducir á servidumbre su carne de pecado; vuélve tus ojos hacia el venerable patriarca de las instituciones monacales y velo revolcando su cuerpo en un zarzal de agudas espinas. ¿No te estremeces, tierno niño? ¿Sabes tú lo que pasa en el alma, cuando los vientos de las tentaciones soplan reciamente sobre la delicada planta de una virtud juvenil? ¿Tienes idea, por ventura, de esas borrascas de un corazón

apasionado, en que suelen perderse á un tiempo mismo, en mísero naufragio, la virtud, el honor y la fortuna? ¡Ah!, señores, admirad conmigo, en el heroico sacrificio de Luis, un monumento inmortal de la inefable sabiduría de aquel Dios, que se complace en confundir, con su diestra omnipotente la sabiduría de los hombres y la prudencia de la carne. El alma de Luis está revestida de la invencible fortaleza de los cedros del Líbano; y su cuerpo no perderá la integridad virginal de los ángeles del empíreo. Contemplad, señores, cómo se levanta su angelical figura, cubierta por la nube de la mortalidad, y asciende gradualmente, de virtud en virtud, hasta que su faz resplandeciente disputa sus fulgores al Sol y ciñe su cabeza, como una diadema de honor, el arco iris de la santidad. ¡Inspirado profeta de Patmos, que leiste en apariciones celestiales y signos misteriosos, los destinos de la humanidad! Solo en esas regiones de luz indeficiente y de pureza infinita, puedo yo encontrar el verdadero tipo de Luis de Gonzaga. Nosotros hemos visto sobre la tierra lo que tú alma estática contempló en el cielo: un ángel cubierto de una nube; en su cabeza, el arco iris; y su faz resplandeciente como el Sol; lo hemos visto pasar por nuestro suelo como una estrella de bendición y desaparecer después, para esparcir sus claridades en el eterno firmamento. ET VIDI ANGELUM.

Mas no creáis, señores, que la virginidad, que es la castidad misma en su más alto grado, realice la maravillosa transformación del hombre en ángel sólo impropriamente ó en figura, pues no merece réplica la eterna palabra de J. C. que eleva á las vírgenes á la encumbrada dignidad de los ángeles: IN RESURRECTIONE NEQUE NUBENT, NEQUE NUBENTUR, SED SUNT SICUT ANGELI IN COELIS. (1)

(1) S. Marcos, c. XII, vs. 23 y 25

Sí: la virginidad es atributo esencial de los espíritus angélicos, y bajo de este aspecto Luis de Gonzaga es un verdadero ángel en carne mortal; lo es también, porque se consagra sin cesar al ministerio de los celestiales espíritus, que consiste en asistir eternamente al solio del Eterno.

Luis de Gonzaga resuelve apartarse del mundo, para contemplar sin descanso ni fatiga la eterna belleza de su celestial esposo. El hermoso lirio de su castidad debía trasplantarse al conservatorio de la Religión, para que no lo marchitase el hielo glacial del mundo y de la corte; blanca paloma, no tenía donde posar el pie hasta no refugiarse en el arca de salud; luciente lámpara, encendida por Dios en el firmamento de su Iglesia, no debía esparcir todo su brillo, sino cuando ardiese sin consumirse delante del altar de los sacrificios.

El 25 de noviembre de 1595, á la edad de 17 años, ingresó nuestro santo joven á la muy ilustre Compañía de Jesús. Resonaron en lo más íntimo de su corazón las dulces voces del espíritu divino que lo reclamaban suavemente, apartándolo de las tiendas de Babilonia á los tabernáculos de Jacob: OBLIVISCERE POPULUM TUUM ET DOMUM PATRIS TUI (1): olvida á tu pueblo y á la casa de tu padre y entra en mi santo templo, que es el lugar de tu reposo. Luis fue fiel á estas secretas inspiraciones de lo alto dijo para sí: en todas partes he buscado descanso y no lo he encontrado: IN OMNIBUS REQUIEM QUÆSIVI; no disfrutaré de paz sino cuando me cobije en la heredad del Señor: ET IN HÆREDITATE DOMINI MORABOR (2): en ella reposaré siempre por que la he elegido para lugar de mi morada, prefiriendo ser el último y el más despreciable en la casa de mi Dios, antes que el primero en los tabernáculos de los pecadores. Ved ahí, señores, cómo Luis de Gonzaga, que es

(1) Salmo XLIV, v. 11.

(2) Escl. c. XXIV, v. 11.

un ángel por la virginidad, lo es también, por el ejercicio perfecto de la contemplación á que se dedica por completo en el noviciado de la Compañía.

La flor de su castidad es perfumada con el aroma de su oración, llevando, por tanto, los dos atributos de los ángeles de Dios: en las manos, la palma de la virginidad; en la frente, la luz de la contemplación, como quiera que los espíritus celestiales no sean otra cosa sino virgenes que contemplan sin cesar la infinita belleza de su autor: ET VIDI ANGELUM AMICTUM NUBE.

Señores, habéis visto que la castidad, transformando al hombre en ángel, imprime en el alma un signo de predestinación; al contrario, la impureza marca la frente del pecador con el sello ignominioso de la reprobación. Vais á verlo en la segunda parte. Al entrar en ella, no olvidaré que la palabra del Señor es una palabra casta, más purificada que la plata, que pasa por el fuego y se depura siete veces: ELOQUIA DOMINI, ELOQUIA CASTA, ARGENTUM IGNE EXAMINATUM, PROBATUM TERRÆ, PURGATUM SEPTUPLUM (1).

SEGUNDA PARTE

Imposible parece, sino lo viéramos todos los días, que el hombre llegese á ser siervo de la carne y de la sangre. Poseedor de una alma inmortal, heredero de un trono en el reino de los celestiales espíritus, destinado á deleitarse eternamente, en la suave contemplación de la belleza infinita, causa pena verlo cautivo por las ilusiones de los sentidos. Como el águila, debiera remontar su vuelo para mirar con apacible tranquilidad el Sol de Justicia y da lástima verlo fijo en la tierra, llevando al pie la afrentosa cadena del esclavo y revolcando sus alas en el polvo de este mundo. Y este móns-

(1) Salmo XI, v. 7.

truo de la impureza ¿será tan horrible, como lo pinta el ascetismo cristiano? Responded vosotros, monumentos imperecederos de las divinas venganzas; ¿quien ha roto los diques de las cataratas del cielo y precipitado sobre la tierra esas aguas de la tribulación, que llevan en su seno la cólera de Dios? ¿Quién, señores? La carne que había corrompido sus caminos. Y tú, apartado y solitario lago de Pentapolis, espejo inmortal de la divina justicia; en el fondo de tus cenagosas aguas, congregadas allí por la diestra de Jehova, está sepultada para siempre la impureza de cinco ciudades, junto con sus maldecidas ruinas y sus infelices moradores; y tú has quedado allí, para contar á las generaciones y á los siglos, algo de lo que sucede, cuando se balancea en manos del omnipotente el caliz de su indignación.

Pero quizá pudiera aparecer menos abominable este demonio impuro, porque no vemos en la época presente que está marcado su tránsito por la tierra con huellas tan terribles. Error funesto, señores: hay algo infinitamente más espantoso que el diluvio universal y el incendio de las ciudades nefandas, y es la reprobación que obra la impureza en el corazón del pecador, reprobación casi inevitable en el sentido de que las condiciones del corazón impuro lo excluyen siempre de la misericordia divina. La materia es demasiado grave para que yo no os diga nada que no sea de rigurosa exactitud en la doctrina evangelica. Afirmo, pues, que la impureza obra la reprobación del pecador, por tres razones fundamentales y que constan del Evangelio.

No hay pecado que deje al pecador más sujeto á la recaída: escuchad sino la horrible palabra del demonio impuro, cuando es lanzado del alma por el espíritu de Dios: *REVERTAR IN DOMUM UNDE EXIVI* (1): volveré á la casa de donde sali. ¿Necesitaré probar, señores, una ver-

(3) Lucas, c. XI, v. 24.

dad escrita con caracteres de ignominia en la historia secreta de los extravios del corazón?

En segundo lugar, no hay pecado que exponga más al pecador á la desesperación. No lo digo yo; es San Pablo que, escribiendo á los Efesios, les conjura que no vivan como esos desgraciados pecadores, que perdiendo toda esperanza se abandonan á las disoluciones de una vida criminal: *DESPERANTES SEMETIPOS TRADIDERUNT IMPUDICITLÆ IN OPERATIONEM INMUNDITIAE OMNIS* (1) Desespera, dice, San Crisostomo, de su conversión, de su perseverancia, del perdón de sus crímenes; y desespera, por que habiendo dicho mil veces en presencia de Dios que rompería los lazos de la iniquidad, se ha comprometido en ellos mil veces más. Decidme ahora, si tendrá remedio ese pobre naufrago á quien alejan constantemente de la ribera de salud las corrientes de su iniquidad.

Por último, señores, ¿conocéis algún pecado que li-ge más estrechamente al hombre por una costumbre criminal? Todo contribuye á mantenerlo en ella, por que las ocasiones de este pecado son mucho más frecuentes, la facilidad de cometerlo mucho más grande, la inclinación natural hacia él mucho más violenta, las impresiones que deja mucho más fuertes.....basta, señores, y concluyo con una prueba irresistible: yo veo en la tierra hombres crucificados al mundo y á la carne, que viven en la tierra como los ángeles en el cielo; veo también congregaciones de virgenes, que han emblanquecido sus vestiduras en la sangre del Cordero; pero no veo cristianos castos, después de haber vivido en el desorden, ni almas libertinas y disolutas, que recobren el don del pudor después de haberlo perdido por la incontinencia. Es cierto que veneramos sobre los altares á Magdalena y Agustín y á algunos pocos elegidos

(1) S. Pablo á los Efesios, c. IV, v. 19.

más, como muestras maravillosas de la divina misericordia; pero yo os pregunto, señores. si su corto número no es más á propósito para hacernos temblar que para infundirnos confianza.

Y ¿acaso será raro, un mal tan grave que casi realiza desde la vida presente la reprobación futura? ¡Ah! no, señores; por desgracia, este venenoso insecto de la impureza lo mismo vive bajo la nivea cabellera del anciano, que bajo la rubia y blonda del tierno niño, lo mismo profana la virginidad que viola la fidelidad conyugal y hasta en el santuario mismo, turba con su siniestro vuelo el silencio de la adoración y la religiosa pompa de los terribles misterios. ¡Ah!, señores, tan extendido está este contagio por la tierra que sólo él bastaría para justificar, según la doctrina de los santos, la tremenda verdad del corto número de los escogidos.

Y ¿no habrá remedio, para calamidad tan general y tan grave? Los remedios humanos son impotentes, porque ¿cuál más fuerte podíais oponerle que el desengañador espectáculo de la enfermedad y de la muerte? Y sin embargo, señores, yo veo que este ángel de Satanás, logra arrancar del corazón humano ese manto de funeral tristeza con que lo han cubierto los infortunios de la vida; yo lo veo cegar los ojos de los hijos de los hombres, para que no vean el montón de cenizas á que han quedado reducidas las pasadas generaciones y ensordecen sus oídos para que no escuchen la poderosa voz del ángel exterminador, y todavía, señores, por no sé que misterio de ceguera inexplicable: cuando se persuade de la vanidad esencial de la vida del hombre y de que todo termina en la oscuridad del sepulcro, tiene la insensata temeridad de exclamar, pues bien, si son breves y fugaces los días de nuestra mansión en la tierra, coronémonos de rosas antes de que las marchite la mano polvorosa del tiempo ó de que las deshoje por completo el hielo de la muerte.

Pero, señores, por gravísima que sea esta enfermedad del corazón humano, no es incurable; porque ninguna hay que pueda resistir la medicina del cielo. ¿Qué hiciste tú, santo joven, para preservar de toda mancha tu virginal pureza? Dinoslo, y eso mismo haremos nosotros para conservarla, sino la hubiéremos perdido, ó para volverla á adquirir si en un momento infeliz tuvimos la desgracia de perderla. ¡Oh penitencia asombrosa de San Luis! da voces en el fondo de nuestras almas para que nos aficionemos á tus santos rigores: prolongadas vigilijs consumadas en la oración entre las sombras de la noche; ásperos cilicios que afligíais sin piedad una carne tan tierna como inocente; rigurosos ayunos que reducíais á extrema debilidad un cuerpo tan delicado; crueles disciplinas que rasgábais sin compasión su enflaquecido cuerpo; ojos purísimos de Luis siempre fijos en la tierra de que fueron formados para no posarlos en nada menos honesto; oídos castísimos que se estremecían de oír una palabra descompuesta; labios santísimos que nunca se desplegaron sino para decir las alabanzas del Señor; vosotros todos medios sobrenaturales de que se valió Luis de Gonzaga para conservar todo su aroma á la palma de su virginidad, á nuestra disposición estáis para triunfar con vuestra ayuda de este enemigo tan poderoso como doméstico.

¿Y en qué escuela aprendió Luis, señores, estos secretos de santificación y de salud? Bueno es que lo sepamos para que seamos también nosotros discípulos de la misma escuela. En tí, cuerpo llagado de Jesucristo expuesto hace diecinueve siglos á las miradas del mundo, en tí han aprendido los hombres á trocarse de carnales en espirituales, de amigos del deleite en amantes del dolor y de la penitencia ¿y quien no las amará, señores, si no solo se han hecho amables, sino adorables en la divina persona del Salvador del mundo? ¿quién regalará y contentará su cuerpo viendo ensangrentado el de su